

10 + 3 = 13 11 + 11 = 22

DE COMO FRANZ
SE DESHIZO
DE SU VOZ DE PITO

Una vez, cuando Franz volvía de la escuela, Lily le dijo:

—¡Chico, después de las tareas, iremos a donde Pedro! Tenemos que ver sus gatos antes de que se los lleven. Mañana pasarán a buscarlos.

Lily siempre le dice «Chico» a Franz, pero a él esto no le molesta. Lily les dice «Chico» a todos los muchachos. Incluso a los que son bien altos.

A Franz le encantó la idea de ir a ver los gatos, y quería ir lo antes posible.

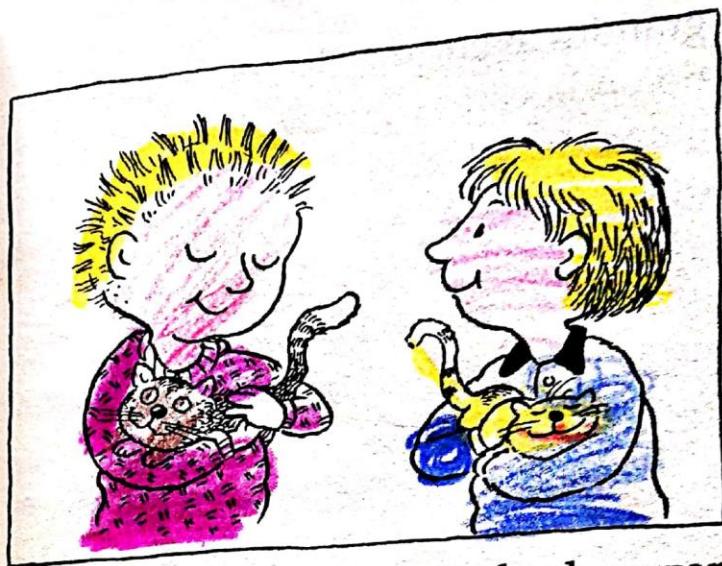
«Quién sabe», pensaba Franz. «Quí- zás la gente a quien Pedro le regaló los gatos venga hoy mismo. ¡Quién sabe si no están a punto de llevárselos!»

Por eso, mientras almorzaban, le di- jo a Lily:

—¿Sabes, Lily? No tengo ninguna tarea. A Zac Zac se le olvidó darnos trabajo hoy.

Zac Zac es el maestro de Franz. En realidad, su apellido es Soboda, pero como habla breve y golpeado, como dando órdenes, Franz le puso el so- brenombre de Zac Zac.

Lily creyó lo que Franz le decía, e



inmediatamente después de almorzar se fueron a casa de Pedro. Allí se que- daron toda la tarde, mirando los gatos y jugando con ellos.

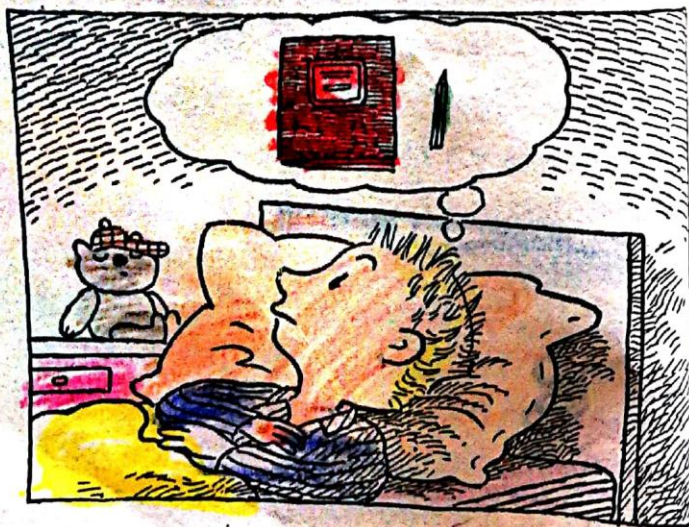
Cuando Franz volvió a casa, ya ha- bían llegado su mamá, su papá y su hermano Josef. Hasta la cena estaba ya servida en la mesa.

Comieron un budín de sémola. Lue- go Franz le ayudó a su mamá a lavar los platos y también jugó lotería con su papá. Tenía que bañarse y apro- vechó para hacer mucha espuma, cosa que le encantaba. Tenía la vista per- dida en la lejanía, como soñando con

grandes aventuras. Enseguida, se metió en la cama. Quería dormirse rápidamente, pero lo desvelaba la tarea que tenía que hacer. No podía llegar a la escuela sin haber hecho la tarea. Era imposible, absolutamente impensable aparecerse ante Zac Zac con las manos vacías.

Así es que se levantó bostezando, se sentó frente a su escritorio y sacó un cuaderno de su maletín.

Sumas y restas había dado Zac Zac como tarea. Eran sólo seis pequeñas sumas y restas.



Franz estaba muy, pero muy cansado. Y Franz sabía que cuanto más cansado estuviera, más números al revés escribiría. «¡Qué desgracia!», pensó. «Estoy seguro de que voy a escribir todos los números al revés».

Y entonces se le ocurrió una idea muy sencilla, pero en realidad genial: «Voy a escribir los números al revés de como yo pienso que se escriben, y entonces es seguro que quedarán bien escritos».

Franz se sentía orgulloso de su superidea. Dando un bostezo tras otro, escribió con la letra más cuidadosa que pudo:

$$7 + 9 = 12$$

$$10 + 8 = 18$$

$$11 - 4 = 7$$

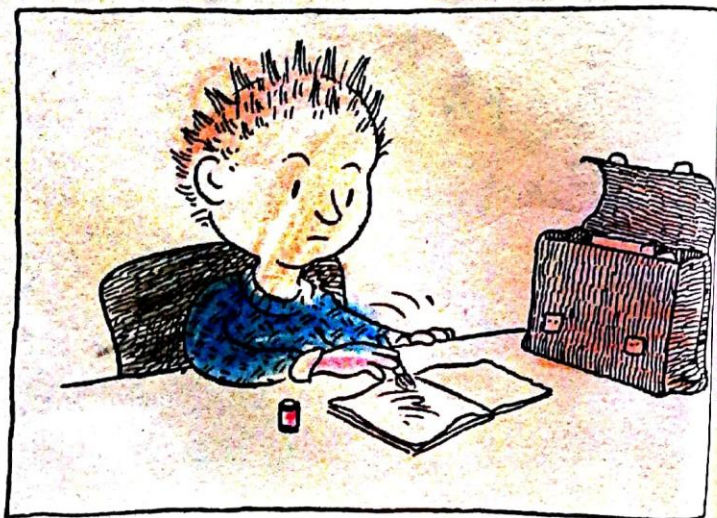
$$17 - 9 = 6$$

$$19 + 3 = 22$$

$$11 + 11 = 22$$

Franz habría cometido sólo dos faltas si no se le hubiera ocurrido su superidea. Pero estaba tan cansado que no se dio cuenta. Sólo advirtió los

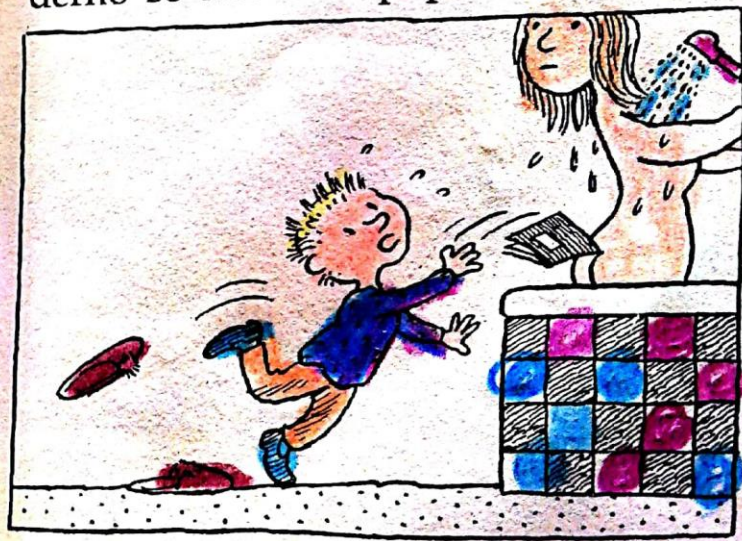
errores al día siguiente, cuando se disponía a guardar el cuaderno en el maletín. Lleno de orgullo, le echó una última mirada a su fantástica tarea, y entonces se dio cuenta del tremendo desastre que en realidad era. Le dio un susto horrible. Fue a buscar el «ma-tatinta». Echó una buena cantidad sobre la hoja y la extendió con el pincelito. El borratintas hizo desaparecer en un segundo las cifras, pero borró también las que estaban correctamente escritas. Además, la hoja se puso amarilla y se llenó de arrugas. ¡Se veía espantosa!



Franz corrió con el cuaderno a donde estaba su mamá. Ella estaba en el baño dándose una ducha.

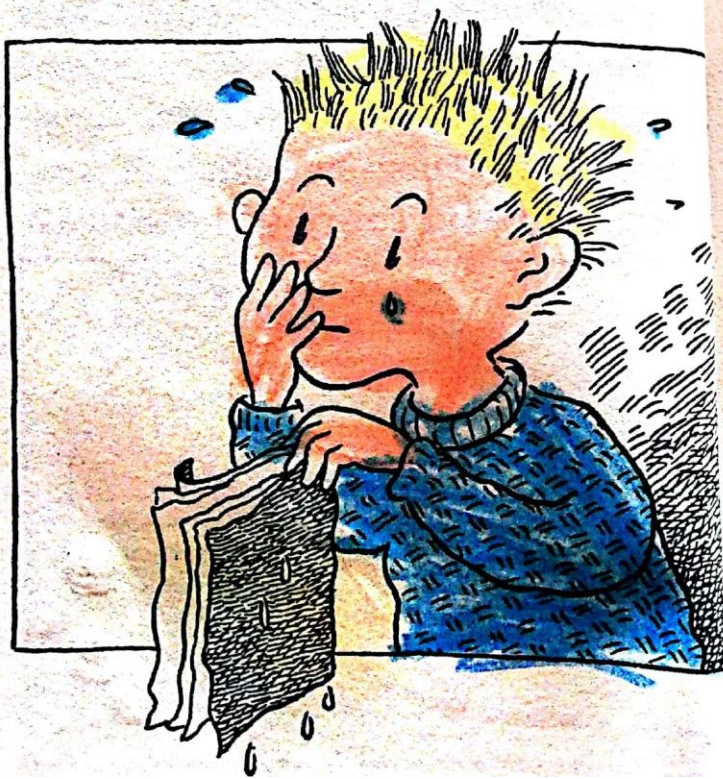
—¡Mamá, mamá! —le dijo muy nervioso—. ¡Mira lo que le pasó a mi cuaderno!

No bien había dicho esto, al cuaderno le pasó algo todavía peor. Franz se resbaló en las zapatillas de su mamá, el cuaderno se le cayó de las manos, voló por los aires ¡y fue a caer en medio de la bañera! La mamá cerró inmediatamente la llave del agua, pero ya era demasiado tarde. El cuaderno se había empapado completa-



mente, y de él escurría un agua azulada.

Desolado, Franz sacó el cuaderno de la bañera. Ninguna página se había salvado. Todas las tareas de matemáticas se habían transformado en grupos de nubes azulosas. Hasta lo que Zac Zac había escrito con tinta roja se había transformado en pequeñas nubes, pero rosadas.



—¿Qué voy a hacer ahora? —dijo Franz, con voz de pito.

La mamá salió de la bañera, se envolvió en una toalla y suspiró como si la catástrofe no tuviera remedio. El papá entró en el baño y miró atónito el cuaderno que goteaba. Franz sollozaba, y con voz muy aguda exclamó:

—¿Cómo podré explicarle todo esto a Zac Zac? ¡Imposible!

—¡Claro que podrás! —le dijo la mamá.

—¡Claro que no podrá! —contestó Josef—. Con esa voz de pito, Zac Zac no le va a entender al 'hombrecito'.

El papá y la mamá se miraron.

—Entonces ¿qué podemos hacer? —se preguntaron el uno al otro.

—Muy simple. Uno de ustedes tiene que acompañar a este 'hombrecito' a la escuela —dijo Josef.

—Imposible. No puedo llegar tan retrasado a la oficina. Y mamá tampoco —le contestó el papá.

—¡Ven tú conmigo, entonces! —

pitó desesperado Franz, dirigiéndose a su hermano.

—No digas tonterías, ¡cretino! —le contestó Josef—. ¿Te olvidas de que yo también debo ir a la escuela?

—¿Y Lily? —preguntó Franz.

—¡Sí! ¡Lily te solucionará este problema! —exclamó la mamá, y se dirigió hacia el teléfono. Marcó el número de Lily, pero nadie contestó. Lily ya no estaba en casa.

—¡Ya tengo la solución! —dijo el papá—. Le escribiré una carta simpática a Zac Zac.

Fue a buscar una hoja, que se veía muy fina, y escribió:

*Estimado señor Soboda
Me permito comunicarle que el cuaderno
de matemáticas de mi querido hijo Franz
se cayó, por desgracia y accidentalmente,
en la bañera, lo cual hemos lamentado
mucho. Le ruego comprenda esta desgracia
que afecta a mi hijo y a toda la
familia*

Respetuosamente

Franz Josef Meier

La carta se veía tan bien que Franz se tranquilizó. Dejó de lloriquear y su voz volvió a ser normal. Pensó que lo mejor era entregársela a Zac Zac sin decir palabra. Dobló la carta con cuidado. Quería guardarla en su maletín. En ese momento sonó el timbre de la puerta. ¡Era Gabi! Gabi pasaba a buscarlo todas las mañanas. Franz no quería hacerla esperar y rápidamente metió la carta en el bolsillo trasero del pantalón. Enseguida se puso el maletín bajo el brazo y salió de casa.

—¡Está lloviendo, Franz! —le alcanzó a gritar la mamá.

Franz también alcanzó a escucharla, pero como vio que Gabi no llevaba impermeable, decidió que él tampoco se pondría ninguno. El no era ningún terrón de azúcar. No se iba a deshacer con tan poca agua, pues apenas lloviznaba.

Mas a dos o tres cuadras de la escuela comenzó a llover a cántaros. ¡Se desató un verdadero diluvio!



Franz quiso refugiarse bajo un zaguán, pero Gabi se colocó el maletín sobre la cabeza y corrió a la escuela.

—¡Es como un paraguas! —le gritó.

Entonces Franz hizo lo mismo. Se colocó el maletín sobre su cabeza de puercoespín, y corrió detrás de Gabi.

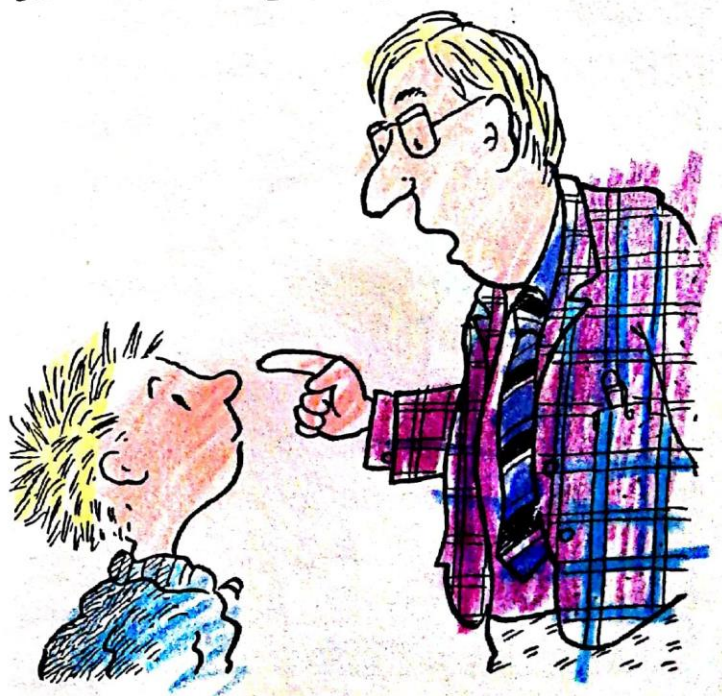
Así, llegó totalmente empapado al salón de clase. En cambio, los otros niños estaban perfectamente secos. Por supuesto, se habían puesto impermeable.

—Ve a donde doña Esperanza a que te seque el pelo, o de lo contrario te vas a resfriar —le dijo Zac Zac.

Doña Esperanza no sólo le secó el pelo, sino que le prestó un suéter de entrenamiento. Lo sacó de la caja de objetos perdidos.

El suéter le quedaba bastante **grande** a Franz. Tres Franz habrían cabido en él. Por supuesto, Franz hubiera preferido mil veces quedarse con sus ropas mojadas, pero esto no lo permitió doña Esperanza.

Cuando Franz volvió al salón con su atado de ropa mojada bajo el brazo,

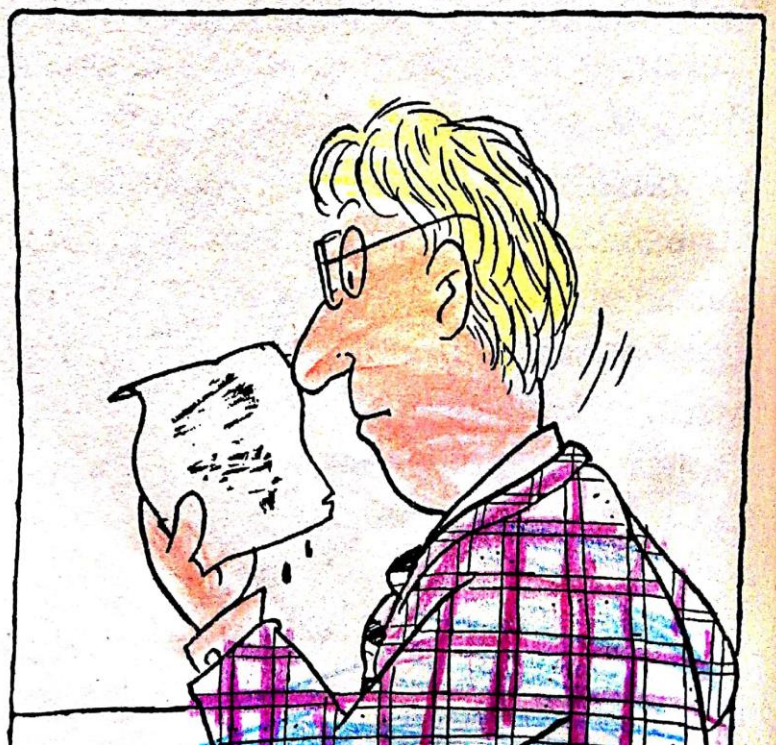


ya la clase había comenzado. Zac Zac estaba justamente recogiendo los cuadernos con las tareas de matemáticas.

—¿Tu cuaderno? —le dijo acercándosele.

Franz hizo un gesto de negación con la cabeza y sacó la carta del bolsillo posterior de su pantalón. ¡Pero la carta estaba empapada de agua y no se podía reconocer letra alguna!

Sólo se veían manchas azules claras



y azules oscuras, como nubes. Zac Zac miró las manchas.

—¿Qué significa esto? —le preguntó a Franz.

—Es lo que escribió mi papá —dijo éste con voz de pito.

—Sí, pero ¿qué dice aquí?

—Que a mi cuaderno le pasó lo mismo que a la carta —contestó Franz.

—Deja de decir tonterías.

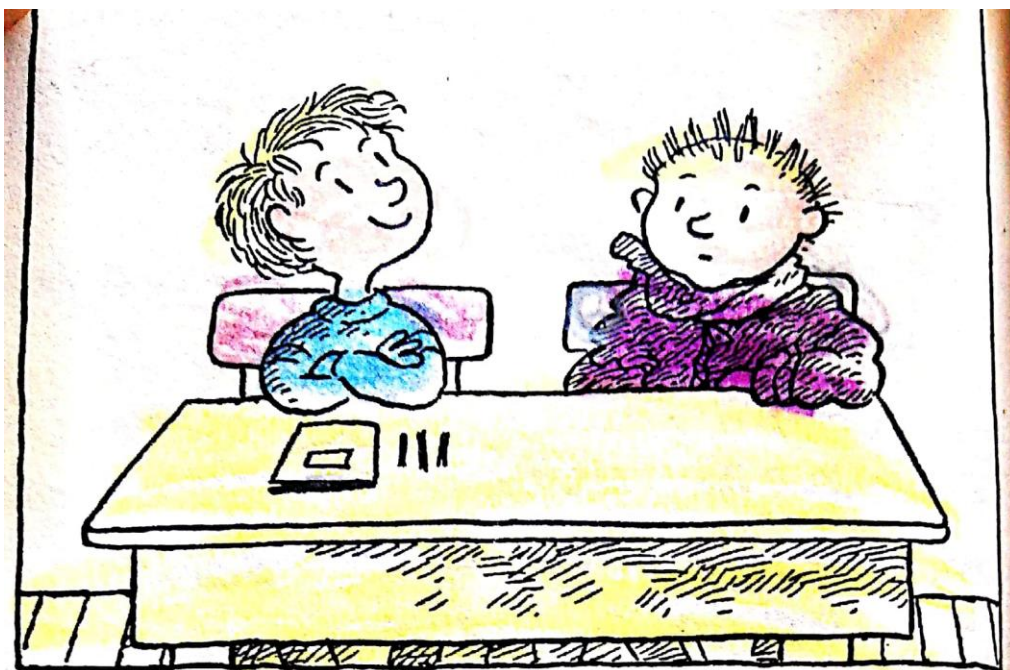
—Me resbalé en las zapatillas —dijo Franz con voz cada vez más aguda.

—¿Zapatillas? —exclamó indignado Zac Zac—. ¡Qué zapatillas ni qué ocho cuartos!

Entonces, de puro susto, Franz no pudo hablar más. Carraspeó un par de veces, hizo todos los esfuerzos posibles, pero más allá de unos graznidos, no le salió palabra. Tosió y tosió, pensando que así podría recuperar el habla, pero no hubo caso.

—¡Resfriado por la lluvia! —dijo Zac Zac—. ¡Completamente resfriado!

El maestro se dirigió hacia el arma-



rio, sacó un trapo de limpiar la pizarra y se lo anudó al cuello a Franz.

—Ahora siéntate ¡y no digas palabra! —le ordenó.

Franz caminó hacia su puesto y se sentó. Desde allí escuchó cómo Zac Zac les explicaba a los otros niños que había que tener mucho cuidado con la voz cuando uno se resfriaba.

—De lo contrario, ¡uno se puede quedar mudo durante semanas! —dijo Zac Zac.

Al mediodía, Franz le contó a Lily lo que había sucedido.

—Pero, chico —le dijo ella—, tú no puedes quedarte mudo hasta el fin del trimestre. ¡Tienes que explicarle a Zac Zac que se te cayó el cuaderno al agua! ¡Y punto!

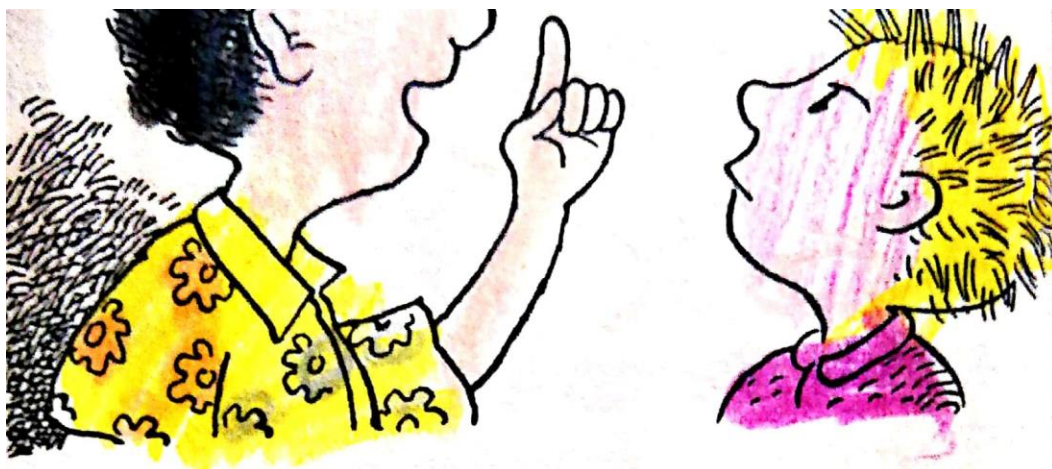
—Sí, pero mañana no, por favor —le contestó Franz, y su voccecita estaba aún algo aguda.

El papá y la mamá también estuvieron de acuerdo con que Franz debía aclararle a Zac Zac, al día siguiente, el asunto del cuaderno.

—Postergar los problemas no sirve de nada —le dijo el papá.

—Tienes que ser valiente —le dijo la mamá.

Franz tuvo que darles la razón a su papá y a su mamá, ¡y también a Josef! ¡Esto era lo último! ¡Darle la razón a Josef! ¡Estaba muy indignado consigo mismo! Ni siquiera quería mirarse al espejo de tanta indignación que sentía. Pero, ¿de qué le servían todas estas indignaciones y consejos? El caso es que él no podía hacer nada: no era



capaz de hablar con Zac Zac; cada vez que Zac Zac estallaba, él se quedaba mudo. No le salía palabra.

—Por supuesto que puedes explicarle a Zac Zac lo sucedido, cretino. ¡Tienes que ser capaz de superarte!
—le dijo Josef.

¡Superarse! Claro, para Josef era fácil decirlo. El creía que no tenía nada que superar. Pero por lo menos debía superar su lengua suelta. Josef era el más descarado de la escuela. ¡Y decía que otros tenían que superarse!

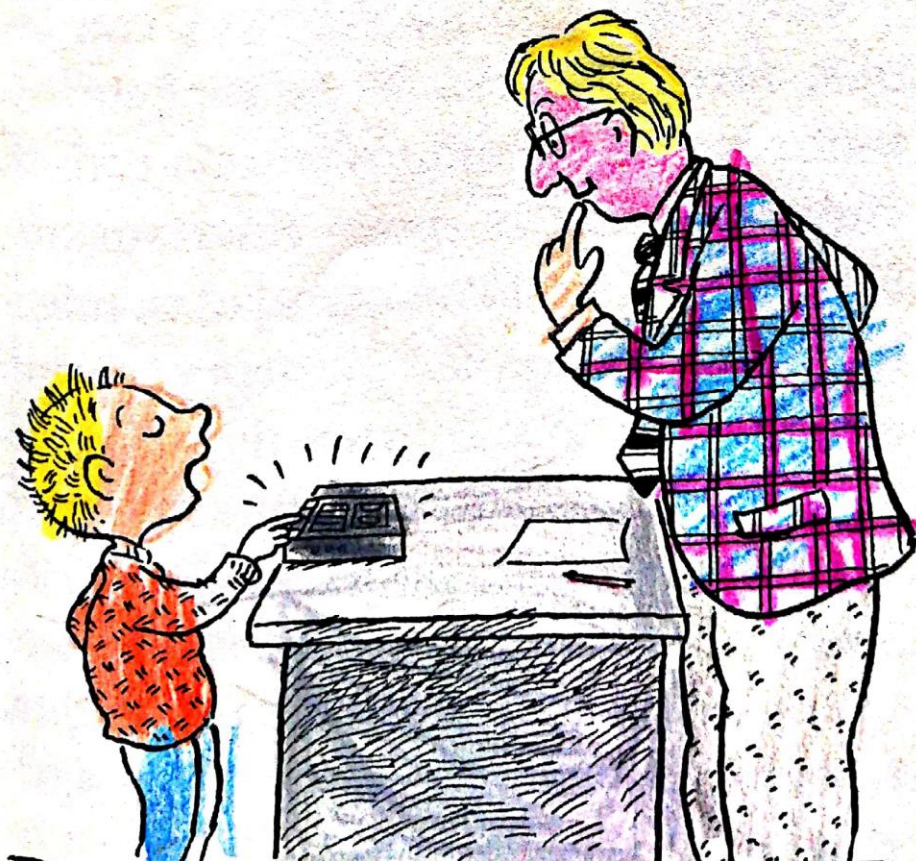
Así es que se fue a donde Gabi a contarle sus desgracias. Gabi era la única que podía consolarlo.

Y Gabi no sólo lo consoló, sino que además le dio un buen consejo. ¡Un consejo superbueno!

Al día siguiente, Franz llegó a la escuela con una grabadora. Apenas sonó la campana, levantó la mano.

—¿Qué pasa? —le preguntó Zac Zac.

Franz se levantó de su lugar, tomó la grabadora y la colocó sobre la mesa del maestro. Apretó la tecla de funcionamiento: PLAY. Puso el volumen



muy alto, y su voz se escuchó en todo el salón de clase:

«Por favor, quisiera explicar que mi cuaderno de matemáticas se cayó ayer a la bañera y que la tarea que tenía escrita se borró. El cuaderno ya está seco, pero no puedo escribir más en él, porque las hojas están amarillas y muy arrugadas».

Mientras el casete sonaba, Franz abría y cerraba la boca como si él estuviera hablando.

Zac Zac lo miraba atónito, con los ojos muy abiertos. Y de repente comenzó a reír. Primero se reía con disimulo, después más abiertamente. Hasta que estalló en carcajadas, mientras se golpeaba las piernas con gran entusiasmo. Por último, dejó descansar las manos sobre la barriga, pero seguía riendo, sin poder parar. Su risa sonaba como miles de piedrecillas dentro de un tonel de hojalata. Enseguida, se quitó los anteojos y se secó las lágrimas que le habían salido de tanto reír.